

Oswaldo Ferreira Leite Netto*

Un relato contemporáneo

Deborah es recibida en la Institución Psiquiátrica de Asistencia y Enseñanza en la que dirijo el Servicio de Psicoterapia. Allí fui creador de un área de psicoanálisis en la cual, junto con un grupo de psicoanalistas, la mayoría médicos y psiquiatras en su origen, se sostiene una escucha psicoanalítica. Ese ejercicio se da en un ambiente poco favorable, que permite ver con claridad el aspecto “a contracorriente” de nuestra práctica, en épocas de una psiquiatría basada en evidencias. Estamos por fuera de ambientes más protegidos, de *settings* más tradicionales, mejor delimitados. Es psicoanálisis “a cielo abierto”, como propuso la directora de Cultura y Comunidad de Fepal recientemente en Cartagena y, antes, en la jornada preparatoria del Congreso, realizada en San Pablo. Sostenemos la perspectiva analítica apoyados en la aspiración de ponernos a prueba, de responder a demandas ocultas en otros estratos, al margen de los grupos más favorecidos.

Deborah es un personaje contemporáneo de una gran ciudad brasileña. Tiene 22 años, formación técnica en archivología y cursa actualmente Historia en la universidad más prestigiosa del estado de San Pablo: la Universidad de San Pablo (USP). Como ella misma dice, “fue incluida” gracias a los programas y esfuerzos de los gobiernos que cayeron recientemente.

Vive en la periferia de la capital, donde creció y se educó en instituciones públicas de enseñanza, gracias a su inteligencia, su sentido crítico y su gran esfuerzo también. El padre es chapista de autos y tiene un pequeño local en el barrio donde viven. Hace 10 años que los padres están separados. Tiene un hermano menor autista, que se trata también en un servicio público.

Fue derivada por la pareja de médicos que la empleó. Esta pareja tiene un hijo, también universitario, que estudió en los mejores colegios de la capital. Ambiente intelectualizado y politizado, los padres de este muchacho, profesores de la Facultad de Medicina, son progresistas y críticos de las desviaciones de la medicina contemporánea, basada más en evidencias, impersonal y altamente tecnológica. Se preocupan, estudian y publican en el área de educación médica.

* Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo.



Deborah necesita trabajar y las pasantías son difíciles de encontrar en su área. No recibe nada en su propia casa y su familia preferiría verla en un empleo rentable con el que pueda ayudarlos. Les incomoda su estilo, su firmeza, su participación política. Deborah integra en la universidad un *colectivo* LGBT, que milita contra la homofobia, el machismo y la violencia contra las mujeres.

La familia, a través de su hijo universitario, recibe a Deborah, quien se dispone a hacer el trabajo de la casa. La pareja considera más adecuado tener a una persona así en la casa, en lugar de empleadas domésticas que, tal como es usual en nuestro país, son generalmente inmigrantes nordestinas y de regiones más pobres, negras, mestizas, que viven en condiciones abyectas. Sumisas, serviles, incultas. Ellos me contaban que experimentaron alivio por poder tener a alguien que hubiera reparado en su biblioteca e hiciera comentarios sobre autores y obras. Decidieron entonces adoptarla como secretaria y bibliotecaria para organizar sus libros y papeles. Si Deborah está cuando comen en su casa, la invitan a compartir la mesa con ellos. La consideran una colega, a la misma altura; una profesional, y no una “semiesclava”. Deborah es invitada a un almuerzo el sábado, al cual concurre acompañada de su novia, igualmente universitaria y también de un nivel socioeconómico desfavorecido.

La pareja de colegas me relata que después de casi un año de trabajo y de convivencia con Deborah, la situación es buena y gratificante. Sin embargo, se empiezan a angustiar. Sobre todo, la mujer, que dice “no soy esclavista” y relata que espera que Deborah se haga responsable y preste servicio doméstico, que es como cualquier otro, del mismo modo que en Europa o los Estados Unidos, donde los estudiantes hacen esos trabajos o se emplean en bares y restaurantes... Pero Deborah se ocupa del celular, de su *tablet*, de los libros que ordenó y catalogó, pero que también quiere leer y pide prestados. Ellos se sienten culpables y la dueña de casa me confiesa: “necesito una empleada a la antigua, que se someta, que me obedezca, que no rompa nada, que no se distraiga de las tareas domésticas, de la limpieza de los pisos y de los baños... Deborah es una intelectual, como nosotros; tiene su pensamiento propio

y su posicionamiento político”. Optan por despedirla cuidadosamente, en un almuerzo al que la invitan. La situación es aceptada por Deborah, aunque está visiblemente triste, aprehensiva y angustiada. En ese momento recuerdan la posibilidad de ofrecerle una ayuda psicológica, y es así como la conozco en el Servicio de Psicoterapia.

Comenzamos el tratamiento: un tratamiento psicoanalítico. Una joven de 22 años, contemporánea, urbana. Cabellos cortos, ligeramente masculina: camiseta, *jeans*, *tennis*. Sin ningún maquillaje ni accesorios. No pagará ella, no habrá diván; sin embargo, sus ojos se iluminan, esboza una sonrisa y dice sentir gratitud por la oportunidad. “¡Qué privilegio tener a alguien para escucharme!”. Pienso en las oportunidades que tuvo: pudo frecuentar y tener acceso a un mundo de conocimientos y privilegios que desconocía hasta hace muy poco. Y empezó a vivir cuestiones tales como la de ser percibida como diferente, con una vida diferente. Se refirió a sus patrones como personas cultas, tolerantes y abiertas... pero que, de hecho, no la aceptaban tal como ella era.

Como estudiosa de historia, me contó que también estuvo leyendo a Freud y que apreciaba mucho *El malestar en la cultura* (Freud, 1930/2006). Deborah, por las circunstancias de la época en la que está viviendo y los cambios que pudo llevar adelante en cuanto a sus condiciones de vida, nos permite observar e incomodarnos con la constitución de su identidad; con la vivencia de exclusión social y su singularidad. Al escucharla, la experiencia de sometimiento corporal quedó en evidencia. Deborah sufre con la consciencia que tiene de haber vivido y de vivir una vida que puede no importar, que puede perturbar o hasta amenazar a personas y grupos. Incluso en la casa en donde trabajaba no se sentía como una empleada normal. Sus vivencias y relatos de vida en la periferia, con la violencia y la muerte de niños y negros de las que fue testigo, nos sorprenden amenazadoramente. ¡Cómo está arraigado en nosotros simbólicamente ese desprecio y ese rechazo por lo diferente! ¡Es lo extraño lo que amenaza! Y es muy difícil para el analista reconocer su falta de afecto frente a determinados hechos y acontecimientos, ¡y hasta haber vivido con

indiferencia ciertas situaciones! Deborah se refiere dolorosamente a una sensación de no importarle a nadie, y su militancia, según dice, se justifica por la posibilidad de mostrar que su vida y la de sus correligionarios importan y que si se pierden, ello sería lamentado.

Valoro e incentivo la necesidad de que los analistas se pongan a prueba al aproximarse y vivir el tema de la existencia de personas que viven esas condiciones de exclusión y humillación. Las dificultades con las diferencias y la intolerancia son asunto psicoanalítico.

Y somos nosotros los que podemos, frente a la vivencia de degradación del otro, auxiliarlo en la recuperación y reafirmación de su identidad, frágil y vuelta inconsistente por un fenómeno que se instala más allá del individuo, a nivel político, y que excluye todo lo que amenaza; fronteras sociales establecidas en las grandes ciudades y en nuestros países en los que reina tanta desigualdad.

El encuentro con Deborah me hizo ver esa dolorosa condición y la posibilidad de reorganización a través de la escucha analítica.

Referencias

Freud, S. (2006). *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1930).